

El cardenal Rouco, en la Consagración de España al Corazón de Jesús

Un amor que sana

En la homilía de la Misa en que, en el Cerro de los Ángeles, se renovó la Consagración de España al Sagrado Corazón, el cardenal Rouco Varela, arzobispo de Madrid, dijo:

Aquí, en el Cerro de los Ángeles, centro geográfico de la Península Ibérica, se consagraba a España, hace noventa años, al Sagrado Corazón de Jesús, ante la estatua que había sido levantada por la piedad cristiana del pueblo español en este lugar, elegido sabiamente para expresar, esculpida en piedra, una plegaria ardiente e incesante: que el Sagrado Corazón de Jesús reinase en España por la gracia de su amor infinitamente misericordioso.

Eran *tiempos recios* aquellos, como solía decir santa Teresa de Jesús de los suyos. Había transcurrido poco tiempo, después del final de la Primera Guerra Mundial. Europa y una buena parte del mundo yacían en ruinas. Ruinas materiales que ponían al desnudo el fracaso de una visión del hombre y del mundo que había pretendido construirse a través de una concepción puramente terrena —empírica y positivista— de la realidad. En los proyectos económicos, socio-políticos y culturales del primer siglo de la Ilustración moderna se había querido prescindir de Dios por parte de amplios e influyentes sectores de la sociedad. El resultado estaba a la vista. ¡Detrás de la desolación física se escondía el vacío moral y espiritual! Ni la llamada *cuestión social* con la hiriente y dramática explotación de los trabajadores y sus familias, ni la problemática de la deseada unidad y concordia de las naciones europeas habían encontrado nuevos horizontes que indicasen la recta dirección para una solución justa y duradera. En plena guerra había estallado la revolución bolchevique. España no estaba ajena, a pesar de su neutralidad durante la contienda, a toda la tragedia que asolaba a los pueblos hermanos de Europa.

La Iglesia venía ofreciendo, especialmente desde el siglo XVII, a ese mundo que quería progresar y modernizarse económica, social y políticamente el eterno anuncio del Evangelio, a través de una propuesta formulada en términos profundamente renovadores: la propuesta del misterio del amor de Dios. A través de intervenciones singularísimas del propio Señor Jesucristo en almas privilegiadas —hoy recordamos en especial a santa Margarita

María de Alacoque—, ese amor infinitamente misericordioso, benigno, sanador, transformador de lo más hondo del ser humano, se nos presentaba bajo el bellísimo simbolismo de su Sagrado Corazón, herido físicamente por la lanza del soldado romano y traspasado espiritualmente por nuestros pecados. De esa herida, humano-divina, sale el torrente de gracia y de vida nueva. Es esa gracia la que perdona y sana al hombre, elevándolo a la dignidad de los hijos de Dios y haciéndole partícipe de la vida divina. La invitación a entrar por esa espiritualidad del Sagrado Corazón de Jesús podía parecer ilusa a los ojos pragmáticos de muchos; pero era, en verdad, la única propuesta que podía superar los egoísmos y los odios encendidos de aquella historia, orgullosa de su modernidad, que cifraba en el progreso no de todo el hombre y de todos los hombres, sino del hombre material —*carnal*— y del hombre fuerte, el capaz de triunfar en la lucha por la existencia en este mundo. El *super-hombre* era su ideal.

Con no menor urgencia, hoy

Los tiempos han cambiado, noventa años después. También hoy necesita nuestra patria los bienes de la reconciliación, de la solidaridad, de la justicia, de la concordia y de la paz. El terrible atentado de ETA que le costó, el pasado viernes, la vida a un servidor de la seguridad y de la paz de todos los españoles lo pone dramáticamente, una vez más, de manifiesto. Esos bienes los necesitan especialmente nuestras jóvenes generaciones y sus familias; y la pregunta vuelve a plantearse no con menor urgencia que en 1919: ¿será posible conseguirlos a espaldas de la fe en Jesucristo, ignorando el don de su amor? El interrogante adquiere incluso —en comparación con otros pueblos de Europa— un acento de gravedad singular, al dirigirlo a una nación marcada en lo más profundo de su alma y de su ser históricos por la profesión de la fe católica de su pueblo, vivida con admirable fidelidad en el seno de la Iglesia *Una, santa, católica y apostólica*, presidida por el Papa. ¿Puede España encontrar hoy los caminos de un futuro

pleno de los bienes que constituyen y aseguran la dignidad de la persona y el bien común de todos sus hijos e hijas abandonando la fe de sus mayores? Porque tenemos la certeza de que el camino de la des-cristianización no conduce a ningún futuro de salvación y de verdadera felicidad para el hombre, renovamos hoy, en el Cerro de los Ángeles, aquella solemnísimas consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, que hicieran nuestros antepasados. Lo hacemos pidiéndole para todas las familias de nuestra patria y para todos los españoles lo que san Pablo, «de rodillas», pedía «al Padre de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra»: que nos conceda por medio de su Espíritu, robustecernos en lo profundo de nuestro ser, que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, que el amor sea nuestra raíz y nuestro cimiento. Sólo así podremos ser testigos de la esperanza gozosa y eterna.

¡Quiera Nuestro Señor Jesucristo reinar hoy y siempre en España, en el corazón de sus hijos y de sus hijas! El santo Cura de Ars solía repetir que «el sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús». Efectivamente, los sacerdotes son los instrumentos imprescindibles de la gracia y del amor salvador de Cristo. El año sacerdotal que acabamos de inaugurar, unidos al Santo Padre, nos lo quiere recordar con nueva viveza. La renovada consagración de España al santísimo Corazón no cuajará en frutos abundantes de vida y testimonio del amor cristiano sin sacerdotes santos. ¡España, la España de hoy, necesita muchos y santos sacerdotes según el corazón de Cristo!